

será el comienzo de una etapa en que la humanidad regrese al caos en donde se hundan todas las conquistas que ennoblecieron y dignificaron el espíritu y la vida del hombre sobre la tierra.

Carlos Sabat Ercasty

En misión cultural de su país, Uruguay, ha venido a Chile Sabat Ercasty, viejo conocido nuestro a través de su obra poética bastante difundida en los ambientes cultos de esta tierra.

Hemos tenido oportunidad de conocer ahora en persona al poeta, que vive sus sesenta y cinco años con la entereza, con el brío jubiloso y optimista de un muchacho. Carlos Sabat Ercasty es de esos hombres que no conocen la desesperanza, ni se quedan derrumbados por los innumerables avatares a que está sometida la existencia del artista en su camino hacia la perfección. O por lo menos, hacia su plenitud expresiva. Sabat Ercasty llega hasta nosotros con esa alegre y efusiva ansiedad de darnos a conocer lo más significativo de su arte y algunos intentos en que él, con sana y juvenil voluntad, trata de identificarse con el ritmo de las nuevas corrientes que animan la creación poética de este tiempo.

Sabemos que en una época de su formación, nuestro alto poeta Pablo Neruda sintió hondamente el influjo de la obra de Sabat Ercasty. Fué un admirador suyo y, en cierto modo, lo consideró un maestro, que le ayudó a descubrir el rico venero de sus facultades. Sin ambages y con la tranquilidad que corresponde a un artista que tiene conciencia de su valer, Neruda, en su libro «El hondero entusiasta», reconoció el influjo de Sabat Ercasty en su sensibilidad. Ahora que nues-

tro poeta está en la altura máxima de la fama, resulta grato a nuestras simpatías este antecedente del uruguayo, que lo vincula, de esta suerte, a nuestra literatura.

Nos ha tocado ver actuar a Sabat Ercasty y nos causa verdadero placer comprobar que mantiene una juventud espiritual admirable. En los funerales de Pedro Prado pronunció un magnífico discurso, en que la emoción y la belleza se unían a su vigor expresivo, para conferirle calidad superior a sus conceptos.

«Atenea» saluda al gran poeta con el afecto y la simpatía con que se ve llegar a un hermano. A este grande hermano que nos viene a cantar «La alegría del mar».

Dos poetas

En silencio, sin mezclarse en el tráfago de las ambiciones desorbitadas, se han marchado en los días de este verano dos grandes espíritus que dieron generosamente su contribución ideal a la cultura de Chile.

Wáshington Espejo y Romeo Salinas se llamaron estos dos hombres que han transpuesto las fronteras de la vida para internarse en el gran misterio. En la ruta sin término en donde, como en una última evasión a los dolores y desengaños de vivir aferrados a todo aquello que en los sueños se magnifica como una esperanza, nutrida de emociones y de belleza.

Romeo Salinas dedicó su vida a la educación. Profesor de excepcionales condiciones llegó a ocupar la Rectoría del Liceo Miguel Luis Amunátegui. Allí estuvo una gran parte de su noble existencia, consagrado a formar el espíritu de los niños, a enseñarles todo lo que necesitan para afrontar las batallas de este